

LAS CLASES SOCIALES EN EL CONFLICTO UNIVERSITARIO Y EN EL PLEITO INSULAR (y 4)

(VIENE DE LA PAG. 23)

tener un portavoz que de verdad los representara, aquellos manifestantes, pese a la aparente contundencia testimonial de su número, es como si no tuvieran ni voz ni voto. El voto se les pide, y ellos lo dan humildemente, para defender otros intereses que no son los suyos. Su voz es usurpada. Y no son, es decir, no somos, ni siquiera payasos, como decía con amargura un editorial de LA PROVINCIA, porque no hay nada cómico, sino patético, en nuestro fracaso. Nadie se ha reído con nosotros, sino de nosotros, que es completamente diferente.

FRACASO Y FRUSTRACION

El fracaso y la frustración de ese importante sector de nuestra sociedad obedece, pues, por una parte, a la solidaridad de la burguesía tinerfeña con la oligarquía académica de La Laguna, y a su secular recelo contra la burguesía grancanaria, torpemente descargado en esta ocasión sobre las clases populares y, en especial, sobre las clases medias de Gran Canaria. Y por otra, al desinterés de nuestra propia burguesía, a la ceguera o ignorancia de nuestras clases populares, y a la incapacidad bochornosa de nuestros políticos, sin más excepciones dignas de mención que las apuntadas.

Al oeste de la isla del Hierro un buque de guerra holandés anda, es decir, navega en busca de un basurero para los desperdicios nucleares de Europa. Al este de Fuerteventura, los marroquíes proyectan adjudicarse una buena porción de nuestra zona económica exclusiva, más acá de la mediana. En Madrid, el Partido Nacionalista Vasco, de cuya agrupación curiosamente esperan gran apoyo nuestros nacional-regionalistas, se opuso con éxito, al discutirse nuestro estatuto, a que esa zona saliera de la competencia del Estado y pasara a la de la Comunidad autónoma canaria. Al norte, al sur, al este del archipiélago, los marroquíes, los mauritanos y los mismos saharauis secuestran o asesinan a nuestros pescadores. En Madrid, la gran burguesía nacional promulga sin consultarnos sus resoluciones sobre la libertad de nuestros puertos. Al este y al oeste, las grandes potencias nos acechan como objetivo de sus intereses estratégicos globales. En Africa siguen latentes las posibles injerencias de la OUA y sus cargas de profundidad contra la españolidad de Canarias.

Y aquí, sobre la poca tierra firme que tenemos, la escasez de nuestros recursos, el fracaso de un modelo de desarrollo basado absurdamente en los servicios, sin una industria significativa, con una agricultura en crisis, y sin asomo de lograr un desarrollo autocentrado, a lo que se añaden un analfabetismo record y una incultura galopante, nos abocan a un cataclismo, que, de seguir así, parece inevitable.

Que en estas circunstancias los canarios no comprendan que somos demasiado pocos, demasiado pobres, y que estamos demasiado lejos y demasiado rodeados para permitirnos actitudes egoístas, injustas o simplemente insolidarias, revela una mentalidad insensata o, más exactamente, una ceguera suicida. Las aspiraciones académicas de la sociedad grancanaria han fracasado una vez más, pero esta vez es la magnitud de la exigencia y el estrépito del fracaso lo que nos obliga a tomar conciencia de la gravedad del suceso, no sólo a los habitantes de esta isla, sino a toda la sociedad canaria; porque quien crea que el proyecto que necesitamos para el futuro del archipiélago, puede resistir, sin resentirse, la frustración y ¿por qué no decirlo? la ira de un sector de la sociedad grancanaria que ha demostrado cumplidamente su capacidad y su dinamismo como clave, revela un optimismo necio e infundado.

Y es que en Canarias no va a haber salvación para nadie sin una solidaridad auténtica entre todas las islas y todas las clases sociales. Ni la burguesía tinerfeña puede seguir manipulando eternamente a las otras clases de su isla para conservar sus propios privilegios con el señuelo de la lucha contra «el enemigo» de Gran Canaria; ni la burguesía de Gran Canaria puede pretender válidamente la asistencia de las clases medias y populares en aquellos temas en que necesite su concurso, si las abandona y las traiciona en temas que para esas clases, como se ha visto ahora, resultan fundamentales. Ni los sectores más humildes van a conseguir las escuelas y las viviendas que necesitan torpedeando otros proyectos que son tan legítimos como los suyos y que afectan a otros sectores sociales, que pueden serles solidarios si son correctamente convocados. La gente empieza por intuir, luego razona y acaba por comprender quién, para quién, por qué y de qué manera se les manipula y se les engaña.

Si el empecinamiento del bloque dominante tinerfeño subsiste, y si subsisten la tibieza y la complicidad de la burguesía y de los políticos de Gran Canaria, aquí no va a ser posible esa región de que tanto nos hablan, ni cosa que se le parezca. Justo cuando las Cortes estaban discutiendo el estatuto que suprime nuestras provincias, doscientas mil personas se estaban manifestando en Gran Canaria. Lo que estas personas pedían —una universidad completa en Las Palmas— no era la «regionalización total» que la burguesía pretende con su estatuto, sino por el contrario llevar a sus últimas consecuencias la división de la provincia mediante la provincialización universitaria.

Como se espera que funcione un estatuto que impone un concepto de regionalización que es rechazado expresamente por tanta gente, constituye un misterio que a mí por lo menos no me ha sido desvelado. Porque no hay ningún fundamento para pensar que esas doscientas mil personas se van a quedar en su casa rumiando eternamente su derrota, o que van a seguir poniendo mansamente sus mejillas para volver a recibir lo que LA PROVINCIA» llamó acertadamente «una humillante bofetada».